

CAPÍTULO XVI

¡QUÉDATE CON ESE POBRE AMOR QUE SIENTES POR MÍ!

Permanecí muy cerca de la puerta de entrada del restaurante para verla llegar; los comensales entraban y salían, la espera se hacía cada vez más larga, luego de media hora, decidí llamar a su casa, pero nadie contestó. Lucía no había llegado, me alarmé, pues realmente no sabía qué podía haberle evitado acudir a nuestro encuentro como acordamos. No pude evitar que la angustia me atrapara; de nuevo las dudas y mis inseguridades de antaño, aminoraron mi ánimo.

Molesto me subí al auto y manejé hasta la casa donde vivía con Enrique; en uno de mis tantos arrebatos, me las ingenié para saber dónde vivía y en varias ocasiones pasé por su casa con la ilusión de verla, aunque fuese de lejos. No estaba su auto, ni tampoco observé ningún movimiento, la casa parecía vacía, así que opté por irme al bar del hotel; no sé, tenía la esperanza de que llegara allá más tarde, con alguna razonable explicación, pero la espera fue en vano.

Estuve bebiendo como estúpido y el sueño me venció por la madrugada. Intuí que la lucha por conseguir el anhelo mayor de mi vida aún tendría grandes obstáculos por vencer, pero me resistía a abandonarla, confiaba que ahora no era yo solo el que deseaba estar con Lucía, también ella quería estar conmigo, también ella me amaba sincera y profundamente, me lo demostró durante nuestra estancia en la cabaña, donde nos entregamos en cuerpo y alma. Aunque la juventud ya se nos había ido, nuestros destinos al fin se habían juntado y lo que nos quedase por vivir lo haríamos juntos.

Así de ebrio y desalineado, bajé al Lobby del hotel y pedí un taxi para distraerme. Juárez es una ciudad que nunca duerme, hay gente viajando en autobús rumbo a sus trabajos nocturnos, o rumbo a sus casas, luego de una larga jornada de trabajo, jóvenes mexicanos y extranjeros alborotando en centros nocturnos, patrullas de policías o ambulancias con las luces de alarma encendidas, yendo de un lado para otro, personas caminando por las calles llenas de historia, dirigiéndose a distintos lugares con distintos propósitos... En fin, yo era parte de la vida diaria de la gente de Juárez.

—¿A dónde lo llevo señor?

—A ninguna parte... es decir, usted eche a andar su móvil, vamos a recorrer el centro de la ciudad, yo le digo cuándo nos regresamos al hotel.

Comenzó a llover; pequeñas gotas empañaban los vidrios del taxi donde el chofer intentaba permanecer alerta y yo, luchando por no quedarme dormido. En Juárez suele llamar a este tipo de lluvia “moja tarugos” ¿por qué, realmente no lo sé, pero dicen que son tan pequeñas y escasas que no moja ni empapa, solo sirve para ensuciarlo todo. No supe a qué hora regresé al hotel, solo recuerdo que el sol ya se asomaba en el poniente. Espectacular son los amaneceres, los tenues rayos del sol se posan como luciérnagas en los árboles, arbustos, pastos y flores. La llegada del astro sol avisa de un nuevo comienzo y me despierta, me había quedado dormido, recostado en el asiento trasero del taxi, eran las cinco y media de la mañana.

No me presenté en la oficina, estaba exhausto y sufriendo los estragos de la cruda, no solo física por haberme embriagado, la cruda moral era peor. De nuevo estuve llamando en vano a casa de Lucía varias veces sin éxito y eso me tenía impaciente, desesperado. Margarita, como siempre, preocupada por mí; entre ella y mi madre han hecho mi soledad emocional más llevadera todos estos años. Recibí varias llamadas de ellas que no quise contestar; nada de lo que me dijeran me conformaría y no quería darle explicaciones a nadie. El fin de semana, Margarita se apareció en el Hotel Montecarlo, donde me hospedaba y no tuve otro remedio que bajar y encontrarme con ella en la Recepción.

—¿Qué sucede Margarita? Me has llamado insistentemente, ¿cuál es la urgencia? No creo que exista algún asunto tan apremiante relacionado con la comercializadora, ya me hubiese llamado el gerente. —Me miró con un dejo de frustración y enfado.

—Tu esposa se presentó ayer por la tarde en las oficinas, estaba furiosa y me despidió.

—¿! Qué?! Ella no tiene ninguna autoridad para despedirte.

—Pues lo hizo. Me ha acusado siempre de ser tu cómplice, tu celestina, tu tapadera y no sé qué tantas cosas más. El hecho de que no te comunicaras con ella estos días, ignorando dónde estabas, le puso los nervios de punta. No se conformó con asediarme a diario en la oficina, mañana, tarde y noche, sino que vino hasta mi casa queriendo obligarme a decirle lo que sabía sobre tu relación con Lucía. Por supuesto que no le dije nada, pero ya la conoces, me amenazó con despedirme, hasta que finalmente ayer me obligó a firmar mi renuncia delante del gerente.

—Lamento mucho que hayas tenido que pasar por esto por culpa mía y de Cristina; nuestros problemas personales van a terminar pronto. ¡Tú no te vas! — La abracé para calmar su zozobra.

—Rodrigo, tú sabes lo mucho que te agradezco el apoyo incondicional que nos has dado a mis hijos y a mí desde que Mario murió; por todo eso yo te debo lealtad y consideración. Dentro de todo lo que vociferó, Cristina me reveló que, después que le hablaste sobre el divorcio, enfurecida fue a buscar a Lucía y le advirtió que te dejara en paz, que tu hija Karla se había querido suicidar al saber que tú las ibas a abandonar para irte con ella; la llamó trepadora, rompe matrimonios, descarada entre muchas otras cosas.

—Ahora entiendo...

—¿De qué hablas, ¿qué es lo que entiendes, Rodrigo?

—Entiendo la razón por la que Lucía no acudió a nuestra cita. Seguiré con los tramites del divorcio, me casaré con Lucía y forjaremos nuestra vida juntos como lo planeamos. Sabes que traté en numerosas ocasiones, de llevarme bien con Cristina, pero eso nunca fue posible. No toda la culpa es de ella por supuesto, la falta de entrega total de mi parte ha tenido mucho que ver en esto, pero al corazón no se le manda.

—Tengo algo más que revelarte Rodrigo... Llamé a varios lugares buscándote, al ver que no me contestabas en el hotel. Verdaderamente estaba preocupada por ti, temía que la gente de ese hombre, ese Gerardo Martí, te estuviese buscando para cobrar venganza. En fin, me atreví a buscar a Lucía en su casa, ella no estaba, tampoco su marido, la que me abrió fue la hermana de ella... Leticia es que se llama, ¿verdad?

El corazón comenzó a latirme con fuerza, estaba ansioso de que Margarita terminara su relato y me dijera finalmente lo que sabe. - ¡Ya termina de hablar mujer!, ¿qué sucede?

—Pues Leticia me dijo que el esposo de Lucía había tenido un terrible accidente automovilístico y que estaba internado en un hospital de Houston. Su estado de salud es delicado, y aunque está fuera de peligro, los médicos no le dan muchas esperanzas de que pueda volver a caminar.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Pues, según me dijo Leticia, hace casi un mes.

—Gracias por la información Margarita. Me tengo que ir, luego me comunico contigo. ¡Ah!, por favor regresa a la comercializadora, voy a darle instrucciones al gerente para que arregle el asunto de tu despido y te prometo que hablaré con Cristina para que deje de hostigarte.

¡Bendito destino el mío! Sabía que no podría hacer nada por cambiar las cosas, pero aún ante tanta adversidad, confiaba en que Lucía sabría manejar la situación. Necesitaba hablar con ella, verla, saber cómo estaba, así que me comuniqué al fin con Leticia que me dio el nombre del

hospital donde estaba internado Enrique. Tomé el primer avión que encontré rumbo a Houston, no podía perder más tiempo.

Entré algo timorato en el vestíbulo del hospital, me las ingenié con el personal y logré conseguir la información sobre el piso en donde estaba internado Enrique. Afuera del cuarto estaban algunas personas, supongo que familiares de él. Me presenté como amigo de la familia de Lucía, y aunque me miraron con extrañeza, comentaron que la podía encontrar en la cafetería del hospital. Me abrí paso entre la gente, di un rápido vistazo al lugar, pero no fui yo quien la encontró primero, fue ella que al verme dejó lo que hacía para encontrarse conmigo. De pronto se puso frente de mí, echándose a mis brazos como una niña asustada y temerosa, en medio de los comensales.

—Rodrigo, ¡esto es terrible! Enrique sufrió un grave accidente, tiene fracturas múltiples en la columna vertebral...no volverá a caminar, se ha quedado parapléjico, está frustrado y deprimido como nunca lo había visto. Lo peor es que no sé cómo ayudarlo, me parte el alma verlo en estas condiciones tan difíciles.

—Lo siento mucho, tomé el primer vuelo para acá en cuanto me enteré. Cuando no acudiste a la cita, pensé muchas cosas excepto esto – Tenía que agacharme un poco para lograr observarla, estaba cabizbaja, hablándome casi entre dientes, sin mirarme de frente. ¡Qué se yo! En esos instantes cruciales para los dos, la espontaneidad para ambos resultaba improbable.

—Me fue imposible encontrarme contigo como quedamos, tuve que volar de inmediato para estar con Enrique tan pronto como me dieron la terrible noticia de su accidente. Tampoco me dio tiempo para llamarte, perdóname, lo siento mucho.

—Entiendo, te comprendo Lucía. Pero ¿has pensado en nuestro plan, aún sigue en pie tu decisión de unirnos? – Era lo único que necesitaba aclarar en ese momento. No pensaba en nadie más, ni en el estado de salud de Enrique, ni en el agobio de ella por él, ni nada más. Ya me había pasado parte de la vida pensando en todos los demás; ahora solo deseaba despejar mis dudas.

Era enorme el recelo que tenía de escuchar una respuesta negativa de ella una vez más, la incertidumbre hostigaba mi existencia en esos momentos. Me miró por un instante, luego, levantó los hombros en un dejo de conformismo, bajó la cabeza y enmudeció... Aquel momento de nuestra juventud regresaba para vivirlo de nuevo, pero ahora con mayor intensidad; estaba frente a mí ella, indecisa, titubeante, misteriosa. Algo dentro de mí imbuía como el agua hirviendo dentro de un recipiente. La vi respirar intensamente para tomar el aire que le faltaba para decirme lo que

obviamente no deseaba. No estábamos tan cerca el uno del otro, pero creía escuchar los latidos desbocados de su corazón.

—Rodrigo, sabes que no puedo abandonar a Enrique ahora que es cuando más me necesita. No soy capaz de voltearle la espalda, de lastimarlo aún más. Tal vez con el tiempo lo logre hacer; si encuentro la forma de dejarlo protegido. Sólo me tiene a mí, no sé si puedes comprenderme — Tenía las manos unidas, como suplicando clemencia.

—¿Por qué le das tantas vueltas a esto? Sólo responde, dame un sí o un no definitivo. — La encaré con rabia.

—Es cruel la forma en que te comportas conmigo. Humanamente...

—¿Humanamente qué? ¿Crees que es humano romper con nuestra relación, con lo que ambos acordamos? ¡Lucía por Dios! Sabes lo que significas para mí, el profundo e intenso amor que siempre te he profesado, sabes de lo que he sido capaz de hacer por ti, lo sabes, ¿no es así?

—¿Me lo echas en cara?

—¡No, claro que no! Quiero hacerte ver que con nadie más estarás mejor que conmigo. ¡Nos amamos, nos necesitamos!

—Lo sé, lo entiendo, pero no se trata de mí ni de ti, se trata de Enrique que hoy más que nunca necesita que me quede a su lado. ¡Entiende Rodrigo, es mi esposo y mi deber es cuidar de él ahora que no puede ni siquiera moverse! Por otro lado, está tu hija Karla que emocionalmente está muy afectada por mi culpa, no me perdonaría si ella atenta contra su vida de nuevo. Mi amor por ti es una realidad que ha estado también presente en mi vida todos estos años; no sólo tú has sufrido.

—¿Sabes qué? ¡Quédate con ese pobre amor que sientes por mí, guárdatelo! Te prometo por mi vida que no volveré jamás a acercarme a ti; no sé cómo o qué deberé hacer, pero te voy a arrancar de mi alma. ¡No me llames nunca que yo tampoco te buscaré, eso tenlo por seguro! — Ni yo mismo me reconocía, salió de mí el Rodrigo implacable que estaba secuestrado por los imponderables acontecimientos que habían movido mi vida a su antojo. Era tiempo de vencer la adversidad, de creer en mi capacidad de abandonar lo imposible; me sentía harto y cansado de dar golpes al vacío, como un ciego. ¿Otra vez rogando por su amor? ¡Claro que no!, esta vez defenderé mi dignidad.

Con su rostro bañado en lágrimas, sorprendida ante mi respuesta, intentó halar de mi brazo, pero me solté y sin volver la vista atrás, abandoné el nosocomio con absoluta determinación. Dentro me hervía la sangre, el corazón parecía querer salirseme del pecho y un sudor frío recorrió mi cuerpo; entendía que algo muy dentro se había roto y nada ni nadie podría volver a unirlo.

Regresé a Ciudad Juárez al siguiente día, había pensado muy seriamente en lo que realmente deseaba hacer con mi vida, no fue fácil dejar ir lo que tanto deseaba y por lo que había luchado tanto, pero estaba cansado, desilusionado, vencido. Entendí finalmente que debía hacer un cambio drástico en mi vida, un cambio que me permitiera digerir lo ocurrido para renunciar con convicción a ella, a mis planes, mis ilusiones; inventarme otros motivos para vivir; aunque de momento, no sabía cómo lo iba a lograr. De lo que estaba seguro, es que no volvería atrás ni para tomar impulso.

Vendí en unos meses la comercializadora, pasando por el proceso doloroso de tener que despedir a muchos de los empleados que estuvieron conmigo en las buenas y en las malas, pero no me sentí con más fuerzas para seguir con mis negocios. Luego de la separación de bienes entre Cristina y yo a raíz del divorcio. Invertí parte de lo mío en bienes raíces y otra parte en las mejores instituciones financieras del país y del extranjero. Lo que obtenía mensualmente era absolutamente suficiente para vivir en mi cabaña; además, no sé cómo convencí a Cristina de administrar mis inversiones a cambio del mismo sueldo que tenía cuando trabajaba para la comercializadora, de alguna forma, quería que siguiera la relación que teníamos como padres de nuestra hija. Establecí con el banco, una transferencia mensual suficiente, en la cuenta bancaria de Margarita. El futuro de Karla, mi hija, estaba asegurado pues el costo de sus estudios sería administrado por medio de un fideicomiso y los gastos de manutención llegarían mensualmente a su cuenta bancaria. A mi madre, Doña Licha, no le faltaría nada, pues desde siempre tenía dispuesta una suma mensual de dinero para sus gastos. Mis hermanos desaprobaron las decisiones que había tomado, no obstante, tuvieron que aceptarlo, aunque no lo entendieron. La casa ubicada en Rincones de San Marcos, uno de los mejores lugares habitacionales de la ciudad, se la cedí a Cristina y a mi hija Karla.

Únicamente tomé mis pertenencias personales; mi vida en la cabaña en el Ejido de San Ignacio de Arareco no ameritaba cargar con cosas que no utilizaría. Mi hija Karla, a pesar de su enojo, fue la única que hizo el esfuerzo por entenderme; tal vez supo darse cuenta de que había cambiado, no solo emocionalmente, también el rumbo que deseaba darle a mi vida. Advertí su tristeza y su compasión en esa mirada suya, tan transparente y expresiva; se me parecía mucho...

—Papá... Nunca se te olvide que, a pesar de todo lo que has hecho, de lo que nos has lastimado, yo te amo y espero que con el tiempo logre superar todo esto y te pueda ir a visitar a la cabaña; ya sin rencores, sin dolor. Ojalá que este cambio sea para tu bien y que el tiempo te sirva para meditar sobre lo que realmente es valioso en tu vida, que logres encontrar la paz que tanta falta te hace. — Algunas lágrimas corrieron por sus mejillas...me dolió su congoja. No quise replicarle nada,

realmente ya no me importaba lo que los otros especulaban sobre mi persona y sobre las decisiones que había tomado. Estaba absolutamente seguro de que estar conmigo mismo, lejos de todo, me haría bien.

Me fui a la ciudad de Chihuahua en camión; un poco más de cuatro horas para llegar y subirme al tren que partía de la capital a las seis de la mañana. En su recorrido, sube pasaje en ciudad Cuauhtémoc, que significa “águila que cae” y está ubicada a ciento cinco kilómetros de Chihuahua; por fortuna, no iba lleno ninguno de los vagones, solo cargaba con algunos turistas, así que pude dormir casi todo el camino.

Sin prisa alguna me subí a Chepe, el tren llamado así por sus iniciales (CH-P) aunque su verdadero nombre es Chihuahua Pacífico; su recorrido lo hace a través de la Sierra Tarahumara y la impotente Barranca del Cobre, algunos lo suelen llamar “El Señor de las Barrancas”. El Chepe se anuncia con anticipación en las voces de los serranos, con los ladridos de los perros que se enloquecen con el sonido del silbato que anuncia su llegada o su partida. En esta ocasión el Chepe camina ligero como los Rarámuris, viene únicamente con cuatro carros: dos de pasajeros, el bar y el comedor. El tren siempre vestido con el color de la sierra, color verde oscuro con detalles en naranja y rojo carmesí, tal vez aludiendo a los colores del paliacate que los indios Tarahumaras amarran a su cabeza. Sin ser esta la excepción, nos recibieron algunos turistas con cámaras en mano para captar todo a detalle, también estaban allí los artesanos vendiendo sus ingeniosas creaciones hechas de hojas de pino, semillas y barro. Este espectáculo tantas veces visitado, me era ya muy familiar; aunque ahora, me estremecí, como si hubiese llegado a una dimensión desconocida, como si algo o alguien estuviera esperando por mí para abrazarme y no dejarme ir nunca más.